6204

ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMATICA

LA LEY DEL EMBUDO

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO FLORES GARCIA

MADRID
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA

1890

4

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/laleydelembudoco1904flor

LA LEY DEL EMBUDO

COMÈDIA EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

FRANCISCO FLORES GARCIA

Estrenada en el TEATRO LARA con extraordinario éxito el 30 de Octubre de 1890.

MADRID
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1890

PERSONAJES		ACTORES
CASTA	Sra.	Valverde.
CARLOTA	»	Rodríguez.
IRENE	Srta.	Blanco.
GONZALO	Sr.	Ruíz de Araña.
ENRIQUE	»	Rubio.
GASPAR	»	Guerra.
MELCHOR	»	Galvan.
BALTASAR	»	Ramírez.
UN CRIADO	»	Muñóz.
UNA VOZ	»	N. N.

La acción en Madrid.—Época actual.

Derecha é izquierda, las del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO

Sala rica, elegantemente amueblada. Una butaca y un velador á la izquierda; sobre éste un número de *La Correspondencia*. Puertas laterales y una al foro. A la derecha una marquesita.

ESCENA PRIMERA

CRIADO, en la puerta del foro figurando que habla con una persona que no se vé.

—Digo á usted que en el segundo.
—Vuelvo á repetir que este
es principal.—Desde luego.
Lo natural es que espere
para salir, nueve días.
La costumbre lo establece.
—¿Que por qué no hay un letrero?
Pues... por eso... *mismamente;*
para que usted se equivoque
y tenga el gusto de verle.

VOZ. (Dentro.) ¿Se va usté á burlar de mí?

CRIADO. Si usted se presta...

VOZ. (Dentro.) ¡Insolente!
No me dieran más trabajo

612009

que darle á usted de cachetes...

CRIADO. Muchas gracias. Aliviarse.

VOZ. Abur. (Dentro.)

CRIADO. Abur.

VOZ. (Dentro.) Mequetrefe.

CRIADO. (Bajando al proscenio.)
Otra vez será otra cosa.
¡Pues no le da poco fuerte!
Mientras no se pongan rótulos
en la escalera que expresen
que el principal es primero,
y que el segundo—que es éste—
es principal—porque así
al casero le conviene,—
se estarán equivocando
de cuartos constantemente,
como ese señor.

CASTA. (Dentro.) Te digo
que te engañas.

IRENE. (Dentro.) Si ha de verse.

CRIADO. La sobrinita y la tía
están desde que amanece,
por una cosa ó por otra,
disputando. Hacia aquí vienen;
escurro el bulto no sea
que á mí de paso me obsequien.
(Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA II

CASTA ó IRENE, por la primera de la izquierda.

IRENE. Digo que todo es inútil.

CASTA. Muchacha, no seas rebelde.
Pretender asegurarse
de si nuestro novio siente
verdadero amor por una,
haciendo que se atraviese
entre ambos otra mujer
y sus recursos emplee
con el fin de marearle
poniendo á prueba su temple,

es una insigne locura.

IRENE. Pues nada; no me convences
mientras no digas por qué.

CASTA. Porque las más de las veces,
la mujer que se atraviesa,
tan sólo por complacerte,
te quita el novio, el marido
y hasta el simple pretendiente.

IRENE. Si es una mujer cualquiera,
desde luego se comprende;
pero Carlota es mi amiga
é incapáz de tan aleve
acción.

CASTA. Me da en la naríz
que en este litigio pierdes
el pleito.

IRENE. (Inquieta.) Tú... ¿sabes algo?

CASTA. Nada.

IRENE. Entonces, ¿por qué temes?

CASTA. Sé por amarga experiencia
lo que en tal caso sucede.
Poner ese asunto en manos
de viuda joven y alegre,
es peligroso.

IRENE. Carlota
dice que no la conviene
volverse á casar.

CASTA. Mentira.

IRENE. ¿Cómo?

CASTA. Te digo que miente.
¿Me ves á mí?

IRENE. ¡Ya lo creo!

CASTA. No soy, á lo que parece,
tan joven como tu amiga.

IRENE. Eso á la legua se advierte.

CASTA. ¿También tú? Quiero decir...
por eso, precisamente,
porque soy algo mayor,
que he disfrutado con creces
del santo yugo, pues tuve
—aunque respectivamente—
tres maridos, que me dieron

unos ratos muy crueles.
Esto sentado, no obstante,
si encontrara algún valiente
que se atreviese conmigo
y consumara la suerte
ante el cura, yo te juro,
te juro solemnemente,
que entraba por cuarta vez
en el gremio. No se puede
remediar. Toda viuda
intenta ser reincidente...
de ese sabroso delito.

Irene. Pero, Casta, ¿es que tú crees
modestamente que todas
las viudas son de tu temple?

Casta. Lo mismo. Y la que te diga
otra cosa, es que pretende
engañarte ó es muy pava...
ó, en definitiva, tiene
sangre de horchata y á más
un organismo de nieve.

Irene. Me dice mi instinto que
no debo comprometerme
sin averiguar primero
si me quiere ó no me quiere.

Casta. ¿Te guías por el instinto
como las fieras silvestres?
¿No conoces la novela
El curioso impertinente?
Lo que á aquél le sucedió
puede muy bien sucederte,
que es peligroso el ahondar
en ciertas materias.

Irene. Puede;
pero ya no retrocedo
por nada; sigo en mis trece.

Casta. El hombre es un animal
—mejorando lo presente—
de malísima intención...
y que tan sólo obedece
al castigo y al engaño.
Desde el momento en que emplees

extraordinarios recursos
y él de tu juego se entere,
se hace de sentido, se hace
de cuidado, se defiende
y desparrama la vista,
receloso, y al más leve
descuído, te busca el bulto,
te pesca en tus propias redes,
te lanza en el callejón
de solteras *indelebles*,
te entrega la triste palma,
y te quedas *excedente*,
pudiendo entrar en activo,
que es la aspiración perenne
de toda joven soltera
y de toda viuda verde.

IRENE. ¿Qué es el santo matrimonio
si el amor no lo embellece?

CASTA. Al tener en lontananza
un marido que posee
dos millones de pesetas,
es tonto é impertinente
pretender averiguar
si nos quiere ó no nos quiere.
Se le atrapa, que después
hay tiempo de convencerse...
y hasta de saltarle un ojo...
si es que el caso lo requiere;
que siendo casada y rica,
es muy difícil que llegues
á esos dolores románticos
en que el alma desfallece.
Aquel «Pega, pero escucha,»
se debe trocar en breve
por esta máxima sabia:
«Paga, y haz lo que quisieres,»
que el dinero es el tirano
de este siglo diecinueve.

IRENE. Siempre de tan buen humor.

CASTA. Y tú extravagante siempre.

ESCENA III

DICHAS y GONZALO, por el foro de la derecha.

GONZ. No hay nadie... la puerta abierta...
pero es natural... se explica
por... (Reparando en las señoras.)
Señoras...
CASTA. Caballero...
GONZ. (¿Si serán de la familia?)
¿Don Gonzalo Bustamante?
Abogado... Hace tres dias
que se le murió su suegra
de un atracón de sardinas.
Alto, moreno, delgado,
con bigote y con patillas;
tocayo mío, pues yo
también soy Gonzalo.
CASTA. (¡Atiza!)
GONZ. Es mi tocayo, á quien busco,
bastante corto de vista
y usa quevedos del número
nueve.
CASTA. Son muy peregrinas
las señas; pero ya caigo.
GONZ. Cuidado con las caídas.
CASTA. Es en el cuarto segundo.
GONZ. ¿No es éste?
CASTA. Serlo debia
en ley de Dios; pero hay
primero.
GONZ. ¡María Santísima!
(Las dos señoras se asustan.)
(Esta es la boca del lobo.)
IRENE. (Su aspecto no tranquiliza.)
GONZ. ¿Luego el principal es éste?
CASTA. Este.
GONZ. ¡Tremenda ironía!
CASTA. (¡Si parece que no ha visto
un principal en su vida!)
GONZ. Las corazonadas son

un absurdo.

CASTA. No sabía...

GONZ. Al pasar por ese piso
—que es primero,—me latía
fuertemente el corazón,
y sufrí una pesadilla
creyéndole principal;
y ahora resulta...

CASTA. ¿Qué enigma
es ese?

IRENE. (¿Si estará loco?)

CASTA. (Estoy lo más intranquila..)

GONZ. ¡Ah, señoras!... (Ambas retroceden.)

CASTA. } (Asustadas.) ¡Ca... ballero!...
IRENE. }

GONZ. La emoción me paraliza,
y si yo pudiera hablar...
¡cuántas cosas las diría!

CASTA. Pues hable usted ó reviente.

GONZ. Aún no es tiempo.

CASTA. (¡Qué salida!)

GONZ. Compromiso que contraje
por mi voluntad explícita,
ata, por ahora, mi lengua.
(Mirando en derredor.)
(¡Estoy en su casa misma!)

CASTA. (¡Ay! ¡Le echa el ojo á los muebles!)

GONZ. Dispensen. Me distraía... (Vuelve á mirar.)

IRENE. (¿Es un loco ó un ladrón?)

CASTA. (Creo que ambas cosas, sobrina.)

GONZ. Como vengo á dar el pésame
á mi tocayo y traía
aprendida la lección,
se va mi mente intranquila
al drama...

CASTA. (¡Qué estrafalario!)

GONZ. (Que no sospechen.) ¿Podrían
decirme?... (¡Por fin respiro
el aire que ella respira!...)

CASTA. (¡Vuelve á inspeccionarlo todo!)

GONZ. (Mi plan sale á maravilla,
y ya conozco el terreno.)

CASTA. ¿Eh?
GONZ. (Desde el cuarto de arriba
puedo espiarla y saber
si son ciertas las hablillas
que ya corren.)
CASTA. Caballero. .
GONZ. ¿Cómo?
CASTA. La vida es cortísima...
y veo que intenta usted
pasar la flor de su vida,
entre difuso y pesado,
nadando... (En la tontería.)
Sea usted breve, y diga pronto
qué busca ó qué solicita.
GONZ. ¿Podrán decirme si está
don Gonzalo? Yo venía...
(Ya sabréis á lo que vengo.)
CASTA. Sí; debe usted darse prisa
á subir.
GONZ. (Vuelve á mirar.) (Si ahora saliera
y me viese...)
CASTA. (¡Qué manía!)
GONZ. Don Gonzalo... ¿habrá salido?
CASTA. (¡Ya tengo la sangre frita!)
Hoy es el día tercero
del novenario, y se estila
no salir hasta después
del nono.
GONZ. (Vuelve á mirar.) Gracias.
CASTA. (Tocando un timbre.) (Me crispa
los nervios este inspector.)

ESCENA IV

DICHOS y el CRIADO, por el foro de la izquierda.

CRIADO. ¿Me llama la señorita?
CASTA. Escucha: vas á ir al cuarto
segundo—pero en seguida,—
acompañando al señor.
GONZ. (¡Me echan!)
CRIADO. Bien.

GONZ. (Esto me humilla.)
¡Ah, señoras!
(Los tres personajes retroceden asustados. Transición.)
Yo no sé
cómo pagar la excesiva
amabilidad de ustedes
al proporcionarme un guía.
¡Cómo pagar!...
CASTA. Pues.. marchándose.
GONZ. No sea usted tan bromista.
Yo me encuentro anonadado.
CASTA. (Y nosotras.)
GONZ. Su exquisita
finura...
CASTA. (Va á pernoctar
aquí.)
GONZ. El alma me cautiva
Guía, pues, joven sirviente.
(Se dirige al foro y las dos respiran con satisfacción. Ya en segundo término, al Criado.)
(Te voy á dar mucha *guita*
si me sirves.)
CRIADO. (Aparte á él.) (Pues le sirvo.)
GONZ. (Ya desde la puerta del foro.)
Señoras... hasta la vista
CASTA. ¡No!...
GONZ. ¡Cómo?
CASTA. No quiera Dios...
que la causa sea la misma.
(Antes ciegues que tal veas.)
GONZ. Y perdonen la osadía
de haber venido á turbar,
quizás, expansiones íntimas.
CASTA. No hay de qué.
GONZ. Sobre ese punto
permítanme que repita...
CASTA. (¡No he visto hombre más pesado
en los días de mi vida!)
GONZ. Señoras, quedo á sus órdenes
muy servidor...
CASTA. (¡Qué polilla!)

GONZ. (A alguien le va á arder el pelo
si son ciertas mis noticias.)
Guía, pues, joven sirviente,
á la habitación de encima.
(Vuelve á inclinarse y desaparece con el Criado por la puerta del foro.)

ESCENA V

IRENE y CASTA, que al verse solas, se sienten y se abanican apresuradamente, aparentando gran cansancio.

CASTA. Por fin...
IRENE. ¡Qué atróz!
CASTA. ¡Qué difuso!
IRENE. ¡Qué cargante!
CASTA. ¡Y qué insolente!
IRENE. Torpe.
CASTA. Audáz.
IRENE. Impertinente.
CASTA. ¡Ese hombre es un baño ruso)
(Pausa brevísima.)
IRENE. ¿Será un loco?
CASTA. No te digo
que no.
IRENE. ¡Qué rato me ha dado!
CASTA. Quizá el hombre esté atontado
con el dolor de su amigo.
IRENE. ¡Vaya! Ese yerno se alegra,
aunque no lo dé á entender.
CASTA. ¡Chica!...
IRENE. ¡Tendría que ver
el dolor por una suegra!
CASTA. ¿Á tan burdo desacierto
tu pensamiento se inclina?
¿También tú tienes inquina
á la suegra?
IRENE. No por cierto.
Yo no la quiero ofender,
y solamente divulgo
lo que dicen.
CASTA. No seas vulgo,

que es lo último que hay que ser.
Con motivo ó sin motivo
todos la insultan con creces,
y la suegra es á las veces
el sér más inofensivo;
y si es suegra de dinero
y la situación es crítica,
más que una madre política...
es la madre del cordero.
La suegra es un aliniculo
de toda obra mala ó buena,
y se la saca á la escena
para ponerla en ridículo;
y es de un gusto deplorable
y es notoria sin razón,
hacer carne de cañón
de un símbolo respetable.

IRENE. Veo que tienes gran copia
de argumentos esta vez;
pero es sospechoso el juez
cuando es juez en causa propia:
y en este litigio eterno
yo pondría en parangón
tu interesada opinión...
con la opinión de tu yerno.

CASTA. (Incomodada.)
Bueno, basta. (¡Es lo más terca!...)

IRENE. El caso no admite duda.

CASTA. Hablemos de la viuda.

IRENE. Silencio, que aquí se acerca.

ESCENA VI

DICHAS y CARLOTA, por la primera de la derecha.

CARL. Muy buenos días.

IRENE. (Abrazándola.) ¡Carlota!
¿Has descansado?

CARL. Tal cual.
¿Y ustedes?

CASTA. Nosotras... tal
cual también.

CARL. ¡Se la nota
un desdén, una aspereza...!)
Algo á usted la contraría.
CASTA. Es posible.
CARL. Desearía
que hablásemos con franqueza.
CASTA. Me enamora hablar así.
CARL. Su sinceridad invoco.
CASTA. Cuenta con ella.
CARL. Hace poco...
hablaba usted mal de mí.
IRENE. ¡Carlota!...
CASTA. ¿Qué? ¿Lo has oído?
¿Estabas tras de esa puerta?
CARL. No; pero la especie es cierta.
CASTA. (¿En qué lo habrá conocido?)
Pues... francamente las dudas
que hace poco expresé aquí,
iban, más que contra tí,
contra el ramo de viudas.
CARL. Adjudíquese la parte
que le corresponda.
CASTA. Es claro.
Lo hice sin ningún reparo;
conque no puedes quejarte.
Y hasta me he favorecido
en la tal distribución.
CARL. ¿Y no hay ninguna excepción?
CASTA. Yo no las he conocido.
CARL. Nadie hasta el fin es dichoso.
Si soy ó no soy leal,
podrá saberse al final.
CASTA. Justo (¡Á buena hora!)
CARL. (Á Irene con intención.) Ocioso
me parece repetir
que es tuya la iniciativa.
IRENE. Cierto:
CASTA. Advertencia agresiva.
CARL. ¿Por qué?
CASTA. Vamos al decir,
CARL. Al ver á Irene, después
de algunos años de ausencia

é inspirarme su inocencia
un cariñoso interés,
no he tenido inconveniente
en hacer cuanto quería.

CASTA. (Bajo y rápido á Irene.)
(Observa, sobrina mía,
que te ha llamado inocente.)

CARL. No he puesto á su empeño tasa
y su deseo he cumplido
en todo, y hasta he venido
á habitar en esta casa,
dejando la de mi tía
y dando lugar con esto,
á que tenga algún pretexto
la torpe chismografía.
Usted me ha tomado tema,
mas mi proceder me abona.

CASTA. Dejo á salvo tu persona;
pero condeno el sistema.

CARL. Antipatías extrañas
contra las que en vano lucho,
¡pues yo la quiero á usted mucho!...

CASTA. (¡La tuya por si me engañas!)

IRENE. Cuestión de gusto.

CARL. Tocante
á lo que pueda ocurrir
conmigo, no he de insistir
porque ya he dicho bastante.
(Suena dentro una campanilla.)
Es él. No se hace esperar.
Esto marcha sin un roce.

CASTA. (Bajo y rápido á Irene.)
(¡Qué dato! ¡Hasta le conoce
en el modo de llamar!)

IRENE. Vamos; es lo convenido.
Vámonos de aquí.

CASTA. ¿Lo quieres?
Vámonos pues. (Hay mujeres
que se han caído de un nido.)
(Aparte á Irene, marchándose con ellas.)
(Si he de expresar sin dobléz
mi manera de sentir

sobre *esta*... estoy por decir
que me escama su viudéz.)
(Vanse las dos por la primora de la izquierda.)

ESCENA VII

CARLOTA

Si doña Casta supiera
de la misa la mitad,
cesaria en la ansiedad
que tanto la desespera;
dejara el tono agresivo
al saber, cual hecho cierto,
que soy la viuda de un muerto
que está demasiado vivo.
Por ventaja del traidor,
ambos por muertos nos damos...
y al menos así evitamos
un escándalo mayor.
(Desde el principio del monólogo se ha sentado en la marquesita que está á la derecha.)

ESCENA VIII

LA MISMA y ENRIQUE, por el foro de la derecha.

ENRIQ. Señora...
(Carlota le alarga la mano indolentemente; él la va á besar y ella la retira.)
CARL. (Enojada.) ¡Cómo! En verdad
me sorprende que reincida.
ENRIQ. Esta es costumbre admitida
por la buena sociedad.
CARL. Usté es flaco... de memoria.
ENRIQ. Perdone usted; no he querido...
CARL. Ya otra vez le he reprendido
esa costumbre... irrisoria.
ENRIQ. Me arrastra el primer impulso;
mi sangre bulle intranquila...
y usted...

CARL. Tila... mucha tila...
Sobre todo... mucho pulso.
ENRIQ. (Con mucha afectación)
Debe usted de sospechar,
pues lo demuestro bastante,
que no es la tila el calmante
que á mí me puede calmar.
CARL. (Fingiendo no entenderle y levantándose.)
Le voy á avisar á Irene
que está usté aquí.
ENRIQ. (Deteniéndola.) ¿Para qué?
Déjela; no vaya usté.
CARL. ¿Por qué? (Fingiendo admiración.)
ENRIQ. (Con misterio.) Porque no conviene.
CARL. Hijo... usted se entenderá.
ENRIQ. (Y bailo.) Llegó el momento
(Con tono romántico.)
de dejar el fingimiento
y hablar claro.
CARL. ¿Llegó ya?
ENRIQ. Desde que aquí la encontré
se trastornó mi sentido,
y ya habrá usted conocido
que me muero por usté.
CARL. ¡Já! ¡Já!
ENRIQ. (¡Qué risa le ha dado!)
Si quiere usted que confirme...
(Intenta besarla la mano y ella la retira.)
CARL. Basta; sin que usted lo afirme
se ve que está trastornado.
ENRIQ. Loco de amor.
CARL. (Gravedad cómica.) ¡Que tal diga!...
ENRIQ. ¡Loquito!
CARL. Déjeme en paz.
¿Piensa usted que soy capáz
de hacer traición á una amiga?
ENRIQ. (¡Diablo!) En achaques de amor
nunca la traición desdora,
y es porque el amor, señora,
es siempre el primer traidor...
y consigo en desacuerdo
ni á sí propio se respeta.

(Esto lo ha dicho un poeta
cuyo nombre no recuerdo.)
Siendo en su esencia inmutable,
varía en sus accidentes;
le arrastran en sus corrientes
lo vago, lo impresionable...
y á sus mudanzas ageno,
se agita en su doble fondo;
¡*que el río, cuanto más hondo*
aparece más sereno!...
(Eso creo que es de Ayala.)
Y ejemplos hay en el mundo,
de que el río más profundo
al más hondo amor se iguala;
porque el amor...

CARL. (Está en vena.)

ENRIQ. Es libre, es independiente,
y... (Se habla muy fácilmente
si se habla por cuenta agena.)
Realiza en la variedad
su grato fin subjetivo...
y eso jamás es motivo
de responsabilidad...
cual no la puede tener
el sol por estar luciendo...
ni el ave por... (Me está oyendo
como quien oye llover!)
Señora...

CARL. ¿Qué?

ENRIQ. Yo supongo
—y no creo estar errado,—
que se habrá usted enterado
de la teoría que expongo.
(Limpiándose el sudor como si estuviera muy fatigado.)

CARL. Esa teoría galana
—si la llamamos teoría,—
es siempre una garantía
segura... para el mañana.

ENRIQ. Pues... (Sin saber qué decir.)

CARL. Esa dominación
del placer, en absoluto,

es el instinto del bruto...
(Movimiento de Enrique.)
dicho sea con perdon.

ENRIQ. ¡Carlota!

CARL. No es disculpable
que así se porte con ella.

ENRIQ. Usted es mucho más bella
y mucho más *faxhionable.*

CARL. ¡Já, já!

ENRIQ. (¿Se ríe de mí
ó es porque le caigo en gracia?)

CARL. Amigo... es una desgracia
tremenda el pensar así.
(Con mal disimulada amargura.)
Si usted sospechar pudiera
de sus frases el efecto...

ENRIQ. (Desconcertado.)
Si es un defecto, es defecto
de la humanidad entera.
Esos conceptos sencillos
son la profesión de fe
de muchos hombres.

CARL. Ya sé
de sobra... (Que hay muchos pillos.)

ENRIQ. Pero con usted no reza
eso de las... variedades,
que tiene usted cualidades
para imponer la fijeza.
Si usted me quiere escuchar
sin prevención meditada...
(Hablan bajo los dos y aparece en la puerta del foro Gonzalo y el Criado.)

GONZ. Deja la puerta entornada
por si tengo que escapar.
(Desaparece el Criade por el foro de la derecha y queda Gonzalo en la misma puarta.)

ESCENA IX

CARLOTA, ENRIQUE y GONZALO

GONZ. (No les oigo. Estos secretos

me sacan de mis casillas.)
(Se adelanta tosiendo.)
¡Ejem... ejem!...

ENRIQ. ¿Quién?

CARL. (¡Dios mío!
¡Él en Madrid!)

ENRIQ. (Juraría
que esta mujer se ha turbado.)

CARL. (Procurando disimular su emoción.)
¿Busca usted... á la familia
de esta casa?

GONZ. Lo que busco...

CARL. (Silencio.) (Bajo y rápido á Gonzalo.)

ENRIQ. (Observándolos.) (¡Se conocían!)

CARL. (Aparte á Gonzalo muy rápidamente.)
(Si dice usté una palabra
del vínculo que nos liga,
considero desde ahora
su muerte definitiva.)
(Á Enrique con perfecta serenidad.)
Hasta luégo.

ENRIQ. Hasta después.
(¡Cuán bella y cuán parecida
á otras insignes coquetas!)

CARL. (Mi situación se complica.)
(Vase por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA X

ENRIQUE y GONZALO

GONZ. Caballero...

ENRIQ. Caballero...

GONZ. (Por no dar á la justicia
que hacer, propuse este plan
del cual vengo á ser la víctima.)

ENRIQ. (Me huele á rival.)

GONZ. (Veremos
lo que sale.) ¿Usté es visita
de esta casa?

ENRIQ. (Ya se viene
el hombre con preguntitas.)

Hay de todo. (Por si es cierto,
le pongo una banderilla.)

GONZ. ¿Que hay de todo?

ENRIQ. Oficialmente
soy novio de la sobrina
de doña Casta.

GONZ. (Tranquilo.) ¡Ah, ya!

ENRIQ. Pero ..

GONZ. ¿Hay pero? (Asustado.)

ENRIQ. Justo es que diga
con franqueza...

GONZ. (Va á decir
algo que me mortifica.)

ENRIQ. Que yo creo en el amor
subjetivo. (Tono pretencioso.)
Es una misma
la esencia, pero el sujeto
muy fácilmente varía
siendo *uno mismo* en el fondo.
¿Me comprende usted?

GONZ. Ni pizca.

ENRIQ. Ya que no está á sus alcances
la definición científica,
voy al terreno vulgar.

GONZ. Muy bien hecho. (No sabía
que de él hubiera salido.)

ENRIQ. Voy á hablar como podrían
hablar los hombres vulgares...
que hablan al vulgo.

GONZ. (Me indigna)

ENRIQ. Pues... el amor subjetivo,
por leyes de la armonía,
por exigencias morales
y por impresiones físicas,
permite querer á un tiempo
varias mujeres.

GONZ. ¡Qué risa!

ENRIQ. Es una teoría... nueva.

GONZ. ¡Y cómoda!

ENRIQ. ¡Comodísima!...
Apoyado en esta base,
partiendo de esta teoría,

tengo, además de mi novia,
otro amor que me fascina,
otra mujer...

GONZ. (¡Cómo sudo!...)

ENRIQ. Que el corazón me cautiva,
y á la cual pienso llevar...

GONZ. ¿Á dónde?

ENRIQ. Á la Vicaría.

GONZ. Y... ¿esa mujer?...

ENRIQ. No es mujer;
es una alhaja monísima
Usted la ha visto hace poco.

GONZ. ¡Cómo! ¿Carlota?

ENRIQ. La misma.

GONZ. (¡Dios mío!)

ENRIQ. (He dado en el blanco.)

GONZ. (Con gravedad cómica.)
Joven: razones hondísimas
que hoy no puedo revelar,
mi intervención justifican
en este asunto.

ENRIQ. (¡Qué tono!)

GONZ. Y recurro á su hidalguía.
¿Usted viene con buen fin?

ENRIQ. ¡Claro!

GONZ. (Respirando con satisfacción.)
Eso me tranquiliza.

ENRIQ. ¿A usted? (Admirado.)

GONZ. Justo. Y como amigo,
correspondiendo á su fina
atención, ahora he de darle
un consejo que le sirva
para no perder el tiempo.
Desista usted.

ENRIQ. ¡Qué desista!...
y ¿por qué?

GONZ. Porque es inútil.

ENRIQ. ¡Pretensión más peregrina!...

GONZ. ¿Usted no piensa casarse
con ella?

ENRIQ. Es mi idea fija.

GONZ. (Con perfecta seguridad.)

Bien; pues eso es imposible.

ENRIQ. ¿De veras?

GONZ. (Mientras yo viva.)

ENRIQ. (Muy mortificado.)
¿Conque... imposible?

GONZ. Está dicho.

ENRIQ. (Esa jactancia me irrita,
y he de darle una lección
por extremo severísima.)
(Con gravedad cómica.)
Pues... franqueza por franqueza.

GONZ. (Ese tono me horripila.)

ENRIQ. Yo tengo también razones,
como las de usted, *hondísimas*...
para creer lo contrario.

GONZ. (Con viva exaltación.)
Dígalas usté en seguida.

ENRIQ. (Con mucha calma.)
Dígame usté á mí las suyas.

GONZ. (Al ir á hablar ve á Carlota por entre las cortinas de la primera de la derecha, que le hace señas para que calle.)
¡No puedo!...

ENRIQ. La cortesía...
el respeto á una señora,
por un hombre que se estima;
la discreción, el deber...
la ley de *caballería*...
y otras razones análogas,
atan su lengua Se explica.
Lo mismo me pasa á mí,
y aquí es igual la partida.
(Acentuando la gravedad cómica.)
Ambos tenemos razones...
(No sé cuáles son las mías.)
Trascendentales... de peso. .
como usted ha dicho: *hondísimas*;
y según claras señales,
ambos pusimos la mira
en una misma señora.
Está bien; que ella decida.
Pero he de advertirle, *á fuer*

de caballero, que en íntimas
razones... que he de callar
—y mi silencio se explica
por leyes de discreción
y ley de caballería,—
espero muy confiado
la victoria decisiva.
Más le diré: (y allá va
el colmo de la mentira.)
Lo que es vencer... ya he vencido.

GONZ. (¡Horror!)

ENRIQ. Pero eso no quita
para que intente cumplir
como una persona digna.
Servidor de usted. (¡Se queda
el hombre sudando tinta.)
(Vase tranquila y gravemente por el foro de la derecha.)

ESCENA XI

GONZALO y poco dospuós GASPAR; MELCHOR y BALTASAR, por el foro de la derecha.

GONZ. (Muy asusado.)
¡Según dice ese... angelito
el hecho no admite duda!
¡Claro! Pasando... por viuda...
¿qué ha de pasar? Necesito
empaparme en la verdad
de aqueste .. desaguisado...
y en cuanto me haya empapado...
¡hago una barbaridad!
Al descubrir los abrojos
de esta dura situación...
¡se me encoje el corazón...
y el llanto acude á mis ojos!
(Cae completamente anonadado en la butaca de la izquierda y salen los personajes indicados. Quedan un momento en segundo término contemplando tristemente á Gonzalo; ésto levanta la cabeza después de una pausa conveniente y repara en ellos con extrañeza.)

GONZ. ¿Quién?
GASPAR. ¡Valor!
(Adelantándose y dándole la mano.)
GONZ. ¡Cómo!
MELCH. (Dándole la mano.) ¡Valor!
GONZ. ¿Eh?
BALT. (Idem.) Son cosas de la vida.
GONZ. (¡Lo saben!) (Muy turbado.)
GASPAR. No hay más salida.
MELCH. Comprendemos su dolor.
GONZ. Pero...
BALT. ¡Calma!
GASPAR. Hay que tener
paciencia.
MELCH. Hay que ser sufrido.
GONZ. (Pero, ¿por dónde han sabido
que me engaña mi mujer?)
GASPAR. En tal trance, lo mejor
es pensar en que hay un cielo.
MELCH. Y buscar pronto el consuelo.
GONZ. ¿Pero á quién tengo el honor?...
GASPAR. Su tío nos ha encargado
esta visita.
GONZ. ¿Eh? ¿También
lo sabe el tío? ¿Y por quién?
GASPAR. La prensa lo ha publicado.
GONZ. ¡Qué indignidad! (Enforecido.)
MELCH. (A Baltasar.) (¡Tal violencia
por unos motivos fútiles!)
GONZ. (Hablando consigo mismo.)
(¡Claro! Los avisos útiles
que trae *La Correspondencia*.)
BALT. (Volviendo á darle la mano.)
¡Valor! Esta es una etapa
de un irremediable mal.
GASPAR. Don Gonzalo, es ley fatal
á la que ninguno escapa.
GONZ. ¿Todos sufren de consuno
esa ley fatal, traidora,
sin excepción?
GASPAR. Hasta ahora
no se ha escapado ninguno...

que yo sepa.

MELCH. Uno mañana...
otro luégo... otro después...

BALT. Todos caen.

MELCH. Todos.

GASPAR. Tal es
la naturaleza humana.

GONZ. (¡Qué cinismo!) ¡Me subleva
tal manera de pensar!

GASPAR. Todos hemos de pasar
por esa tremenda prueba.

MELCH. Se encuentra uno bueno y sano,
y de pronto...

BALT. Esa es la vida
que tanto al placer convida.

GASPAR. Y el revelarse es en vano.

GONZ. ¡Es horrible!

MELCH. Esa tristeza
se cura con el olvido.

GASPAR. Es un tributo debido
á ley de naturaleza.

GONZ. Pero... ¿es cierto?

GASPAR. (Á los otros dos.) En su amargura
aún no lo quiere creer.

MELCH. Paciencia.

BALT. ¡Cómo ha de ser!

GASPAR. Es sino de la criatura.

GONZ. Me hiere y me mortifica
esa teoría de hielo.

MELCH. (Aparte á Baltasar.)
(¿Por una suegra, tal duelo!)

BALT. (Pagaba el gasto.)

MELCH. (Se explica.)

GASPAR. (Poniéndole una mano en el hombro á Gonzalo.)
Tenga usted resignación.
Aunque justo su quebranto,
creo que no es para tanto,
y que hay exageración. (Tono solemne.)
¡Lo ha hecho quien puede!...

GONZ. (Enfurecido otra vez.) ¡Pues poco
he de poder, ó consigo
el más tremendo castigo!...

MELCH. (¡Qué insensátez!) (Aparte á Baltasar.)
BALT. (Idem á Melchor.) (¡Está loco!)
GASPAR. Si por simple cumplimiento
estos consuelos le damos,
no obstante, le acompañamos
en su justo sentimiento.
MELCH. Aunque esta misión no alegra,
la hemos debido cumplir.
BALT. Su tío podrá venir...
cuando tenga ropa negra.
GASPAR. Hoy que la pena sombría
le coge de medio á medio,
le indico un solo remedio:
tenga usted filosofía.
Gaspar Ruíz... (Ofreciéndose.)
MELCH. (Lo mismo.) Melchor Aznar...
BALT. Baltasar Gómez de Treyes...
GASPAR. En la calle de los Reyes
nos podrá siempre encontrar...
MELCH. Y allí tiene usted su casa.
GASPAR. ¡Calme ese dolor artero,
que no es usted el primero...
ni el último á quien le pasa!...
GONZ. (Enfurecido.) ¡No me puedo conformar
si soy persona decente!...
MELCH. (Aparte á los otros dos.)
(Dejémosle. Está demente.)
(Ofreciéndose los tres de nuevo.)
GASPAR. Gaspar...
MELCH. Melchor...
BALT. Baltasar...
(Después de una cómica despedida muda, vanse los tres por el foro de la derecha.)

ESCENA XII

GONZALEZ, paseándose muy agitado.

¡La moral de esos señores
es altamente inmoral!...
Pues ¿y la prensa? ¡La prensa

se toma una libertad
tan... *libre* y tan... *espinosa*
que no se puede aguantar!...
(Se fija sobre *La Correspondencia* que hay sobre el velador, la toma y lee.)
«Avisos útiles.»—¿Útiles?
¡Pues no veo la utilidad!
(Leyendo otra vez.)
«Quesos de bola magníficos...»
¿Será alusión personal?
(Volviendo á leer.)
«K. Veinticuatro. K. En casa
»de tu amiga. Ese es mi plan.
»H. Catorce.» (Dejando de leer.)
No hay duda.
¡Esto es Carlota con K...
(Deja el periódico sobre el velador.)
¡Y la casa de su amiga
es esta! ¡No cabe más!
Esto es hecho. Atando cabos,
hay que concluir por atar
á quien me ha puesto en ridículo
con tanta publicidad!...

ESCENA XIII

EL MISMO y CARLOTA, por la primera de la derecha.

CARL. ¿Está usted ya satisfecho?
¿Por qué turba mi reposo?
GONZ. (Con gravedad cómica.)
Soy el ultrajado esposo
que va á usar de su derecho.
CARL. ¡Ultrajado!
GONZ. Horriblemente.
CARL. ¡Já! ¡Já! Me hace usted reir.
GONZ. (Siempre con gravedad cómica.)
La debo á usted advertir
que lo sabe mucha gente.
CARL. Burda es la trama que urdió
é inutil afán se toma.
No lo sufro... ni aun en broma.

GONZ ¿Broma? Eso quisiera yo.
CARL. Basta.
GONZ. ¡Si hasta mis amigos
y mi familia lo saben!
¡Si hasta un periódico!...
CARL. Acaben
sus burlas.
GONZ. Tengo testigos.
CARL. (Desesperada ya.)
Pero ¿qué dice este hombre?
GONZ. La verdad. (Gritando.)
CARL. ¿Qué es la verdad?
GONZ. Señora... una atrocidad
que tiene un gráfico nombre.

ESCENA XIV

DICHOS y CASTA, por la primera de la izquierda

CASTA. ¿Quién grita? ¡El cielo me acuda!
¡Él! (Retrocede asustada.)
CARL. (Descubrise es forzoso.)
(Presentando á Gonzalo.)
Gonzalo Pérez... mi esposo.
CASTA. ¿Tu esposo? ¿Pues no eres viuda?
CARL. Llegó á tal su desacierto,
que al ver burlada mi fé,
viuda me consideré
y há tiempo le dí por muerto.
GONZ. Pero sin que yo rehuya
mi responsabilidad,
aquella infidelidad
no ha de disculpar la tuya.
CARL. ¡Caballero!... (Indignada.)
GONZ. La mujer
no es lo mismo en mi sentir.
¿No es cierto? (Á Casta.)
CASTA. (Tono burlón.) Hay que distinguir.
Según la quiera usted ver.
CARL. Pero ¿será usted capáz
de acusarme de un mal paso?

GONZ. ¡Ya lo creo! (Con gran convicción.)
CASTA. En ese caso,
están ustedes en paz.
GONZ. Imposible.
CASTA. ¡Qué bobada!
¿No es una misma la esencia
de ese... mal?
GONZ. Hay diferencia
por la moral aceptada.
Ese mal, aun siendo agudo,
en el hombre es menos malo.
CASTA. «Me hacéis reir don Gonzalo.»
Esa es LA LEY DEL EMBUDO.
CARL. Si yo no paso por eso.
CASTA. Es que, aunque fuese verdad,
no es ninguna atrocidad.
¿No somos de carne y hueso?

ESCENA XV

DICHOS é IRENE, por la primera de la izquierda.

IRENE. Aquí está el loco.
GONZ. ¡Por Dios,
que ya es tema!...
CASTA. Mi sobrina.
GONZ. (Á Irene muy gravemente.)
De algo que aquí se maquina
somos víctimas los dos.
IRENE. No comprendo...
GONZ. Ya es forzoso
que yo formule el proceso.
CASTA. Es de Carlota el *espeso*,
quiero decir... el esposo.
IRENE. ¿Qué oigo?
CASTA. Lo quiso ocultar
sin duda con fin plausible.
GONZ. Con el propósito horrible
de quererme á mí engañar.
CARL. Ya se agotó mi paciencia.
Ni en hipótesis tolero
un embuste tan grosero.

ESCENA XVI

DICHOS, GASPAR, MELCHOR y BALTASAR
por el foro de la derecha, sin pasar de la puerta.

GASPAR. ¿Dan ustedes su licencia?
GONZ. Llegan á punto. Adelante.
CASTA. (Irónicamente.) Adelante.. sin cumplido...
¡Si es su casa! (Por Gonzalo.)
GASPAR. (Adelantándose con los otros dos.) He padecido
un error hace un instante.
MELCH. Un pésame le hemos dado,
y ese es el error profundo.
BALT. Por entrar en el segundo
aquí nos hemos colado.
GASPAR. Cuanto hablamos há un momento,
al cumplir nuestra misiva,
fué á don Gonzalo, el de arriba.
GONZ. ¿De veras?
GASPAR. ¡Yo nunca miento!
(Señal afirmativa de los tres.)
BALT. No piense mucho ni poco
en nuestra escena pasada.
GASPAR. De usted no sabemos nada.
MELCH. Ni nos importa tampoco.
GASPAR. Que se sirvan perdonar
la equivocación rogamos...
BALT. Y á sus órdenes quedamos.
GASPAR. Gaspar...
MELCH. Melchor...
BALT. Baltasar...
(Vuelven á saludar gravemente y vanse los tres por el foro de la derecha.)

ESCENA XVII

DICHOS menos GASPAR, MELCHOR y BALTASAR

CASTA. ¿Nos quiere usted explicar
qué significa este lío?

GONZ. Que padecí un extravío.
CARL. Viene al cabo á resultar
lo mismo que imaginé
del uno ó del otro modo;
y es que aquí, después de todo,
no hay más culpable que usté.
CASTA. ¡Bien dicho!... ¡Tiene razón!
(No sé, en verdad, si la tiene.)
GONZ. (Ahora humillarse conviene.
Golpe de efecto.) (Arrodillandose trájicamente.)
¡Perdón!
(En este momento aparece Enrique por el foro de la derecha y lanza una fuerte exclamación. Cuadro.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ENRIQUE

ENRIQ. ¡Ah!
GONZ. (Levantándose de mal humor.)
(¡Maldita sea tu estampa!)
ENRIQ. ¿Quién esto en calma soporta?
CASTA. Pero, hombre, á usted ¿qué le importa?
(Haciéndole señas disimuladamente.)
ENRIQ. Me importa mucho. (Sin hacer caso.)
CASTA. (¡Ya escampa!)
ENRIQ. (Mirando á Irene.)
Prescindo del fingimiento.
Sin vacilación ni duda
me declaro á esta... viuda
desde este mismo momento,
y no admito que ninguno
me dispute su pasión.
IRENE. (Ya está clara su traición.)
CASTA. (Burlándose irónicamente de Enrique.)
Es usted muy oportuno.
Sobre todo, sus derechos
son ahora más que admisibles,
rotundos é indiscutibles.
ENRIQ Tengo el valor de mis hechos.
(Con aire insolente á Gonzalo.)

Y no hay más. Dispuesto estoy
á sostener cuanto he dicho,
y no por vano capricho,
sino por deber.

GONZ. (Con calma) Yo soy
esposo de esta señora.

ENRIQ. Eso no es verdad, protesto.

CASTA. Es su marido.

ENRIQ. (Desconcertado.) ¿Qué... es esto?
¿Se han casado... en media hora?

GONZ. (Muy seriamente á Enrique.)
Y ahora me va usté á explicar
las razones qué tenia
cuando hace poco decía...

ENRIQ. (Bastante asustado.)
¿Yo? Fué por gana de hablar.
(¡Qué plancha!)

GONZ. Sea usted franco
sin más consideraciones.

ENRIQ. Eran todas mis razones...
razones... de pié de banco.

CASTA. (Un joven tan desenvuelto,
¡de qué manera se achica!)

ENRIQ. Yo... pensé... (A Carlota)

CARL. Basta; se explica.

GONZ. Aún me queda un cabo suelto.
(Tomando *La Correspondencia* y mostrándosela á Enrique.)
¿Es usted de este pasaje
el afortunado autor?

ENRIQ. «¿K?» No; es del moro Kandor
á alguna mora salvaje.

GONZ. ¡Carlota!... (Se acerca á ella y ambos hablan bajo.)

ENRIQ. ¡Horrible sorpresa!
(Dirigiéndose á Irene.)
Irene... te adoro... estoy
donde estaba.

IRENE. Yo no soy
plato de segunda mesa.

ENRIQ. Para ese altivo desdén,
en realidad no hay motivo.

El amor es subjetivo.

IRENE. ¡Basta! (Apartándose.)

CASTA. (El pobre está en Belén.)

ENRIQ. ¿Me echas?

IRENE. Tu castigo es harto
merecido.

CASTA. (¡Qué acomodo!)
(Llevándose aparte á Enrique.)
Joven: yo paso por todo,
si quiere usted ser el cuarto.

ENRIQ. ¡Señora! ..

CASTA. Yo he de aceptar
hasta sus más caprichosas
extravagancias.

ENRIQ. Hay cosas ..
que yo no puedo pasar...

CARL. (A Gonzalo.) Borra tus faltas primeras
ese dolor que te exalta.
Ahora, á la primera falta
te doy por muerto de veras.

CASTA. (Al público.)
Público: pide el autor
un aplauso á tu bondad,
y ten la seguridad
de que agradece el favor. (Cae el telón.)

FIN

OBRAS DE D. FRANCISCO FLORES GARCÍA

EL 11 DE DICIEMBRE, comedia en un acto y en verso.
EL 1.° DE ENERO, drama en un acto, id.
QUIEN PIENSA MAL..., juguete cómico id. id.
LA CUERDA SENSIBLE, id., id., id.
LA MÁS PRECIADA RIQUEZA, comedia en id., id.
LLEVAR LA CORRIENTE, juguete cómico en un acto y en verso, original.
UN DEFECTO, id., id., id.
DOÑA CONCORDIA, id., id., id.
RECETA CONTRA EL SUICIDIO, id., id., id.
SE DESEA UN CABALLERO, id., id., id.
VICENTE PÉRIS, drama histórico.
ENTRE AMIGOS, comedia en un acto y en verso.
EL NACIMIENTO DE TIRSO, drama en un acto. (Segunda edición.)
LA MADRE DE LA CRIATURA, comedia en dos actos, en verso.
CUESTIÓN DE TÁCTICA, comedia en un acto y en verso.
LOS VIDRIOS ROTOS, comedia en un acto y en prosa.
NAVEGAR Á TODOS VIENTOS, comedia en dos actos y en verso.
GALEOTITO, juguete cómico en un acto y en verso. (Cuarta edición.)
DE CÁDIZ AL PUERTO, comedia en dos actos (1).
LA HERENCIA DEL ABUELO, comedia en un acto y en verso.
LA ÚLTIMA CARTA, monólogo en un acto, en prosa y verso.
CONFLICTO ENTRE DOS INGLESES, juguete cómico en un acto y en verso (2).
EN CARNE VIVA! juguete cómico, en un acto y en verso.
METERSE EN HONDURAS, juguete cómico-lírico, en un acto y en prosa. (Segunda edición.)
MAPA-MUNDI, juguete cómico en un acto y cuatro cuadros y en verso.
DE CÁDIZ AL PUERTO, zarzuela en dos actos. (Refundición.)
LAS CARTAS DE LEONA, juguete cómico en un acto y en prosa original (3).

---

(1) En colaboración con D. Julian Romea.
(2) Con el mismo.
(3) Con D. Ángel Rubio

EL HOMBRE DE LAS GAFAS, juguete cómico en un acto y en prosa.

ME PESCA, comedia en un acto y en prosa.

UNA DONCELLA DE ENCARGO, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

POLÍTICA INTERIOR, juguete cómico en un acto y en prosa.

VIRUELAS LOCAS, humorada cómica en un acto y tres cuadros (parodia del drama LA PESTE DE OTRANTO), escrita en verso (1).

COMO BARBERO Y COMO ALCALDE, sainete en un acto y en verso.

EL DIABLO HARTO DE CARNE..., juguete cómico en un acto y dos cuadros (parodia del drama VIDA ALEGRE Y MUERTE TRIESTE,) en verso.

GANAR EL PLEITO, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

POR LAS RAMAS, comedia en un acto y en verso, original.

EL HIJO DE SU PAPÁ, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa original.

GUZMAN EL MALO, humorada cómica, en un acto y en prosa.

EL SEGUNDO GRUPO, comedia en un acto y en prosa, original (2).

TRINIDAD, comedia en un acto y en verso.

EL ORO DE LA REACCIÓN, sátira cómico-lírica en un acto y en verso.

¡EL COCO! juguete cómico en un acto y en prosa.

MIXTO DE INGLÉS Y CANARIO, juguete cómico en un acto y en verso, original.

LA GENTE DEL BRONCE, sainete lírico, en un acto y tres cuadros, original y en verso,

LO PROHIBIDO, comedia en un acto y en verso.

DOS PASOS AL FRENTE, juguete cómico en un acto y en prosa.

RALTASARA LA POLLERA, sainete en un acto y en verso.

A CARTAS VISTAS, comedia en un acto y en vorso.

JUICIO DE FALTAS, comedia en un acto y en verso.

EL PARAISO, comedia en un acto y en verso.

LA CARTA DE UNA MUJER, comedia en un acto y en verso.

LA LEY DEL EMBUDO, comedia en un acto y en verso.

GALERÍA DE TIPOS.—(Retratos y cuadros de costumbres.)—Un tomo.

¡COSAS DEL MUNDO!—(Narraciones.)—Un tomo.

LA CÁMARA OSCURA.—Tipos y cuadros de costumbres.—Un tomo.

---

(1) En colaboración con D. Julian Romea.

(2) Con D. Luis Taboada.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, Horno de la Mata, 3; y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de la Administración

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo letras de fácil cobro, sin lo cual no serán servidos.